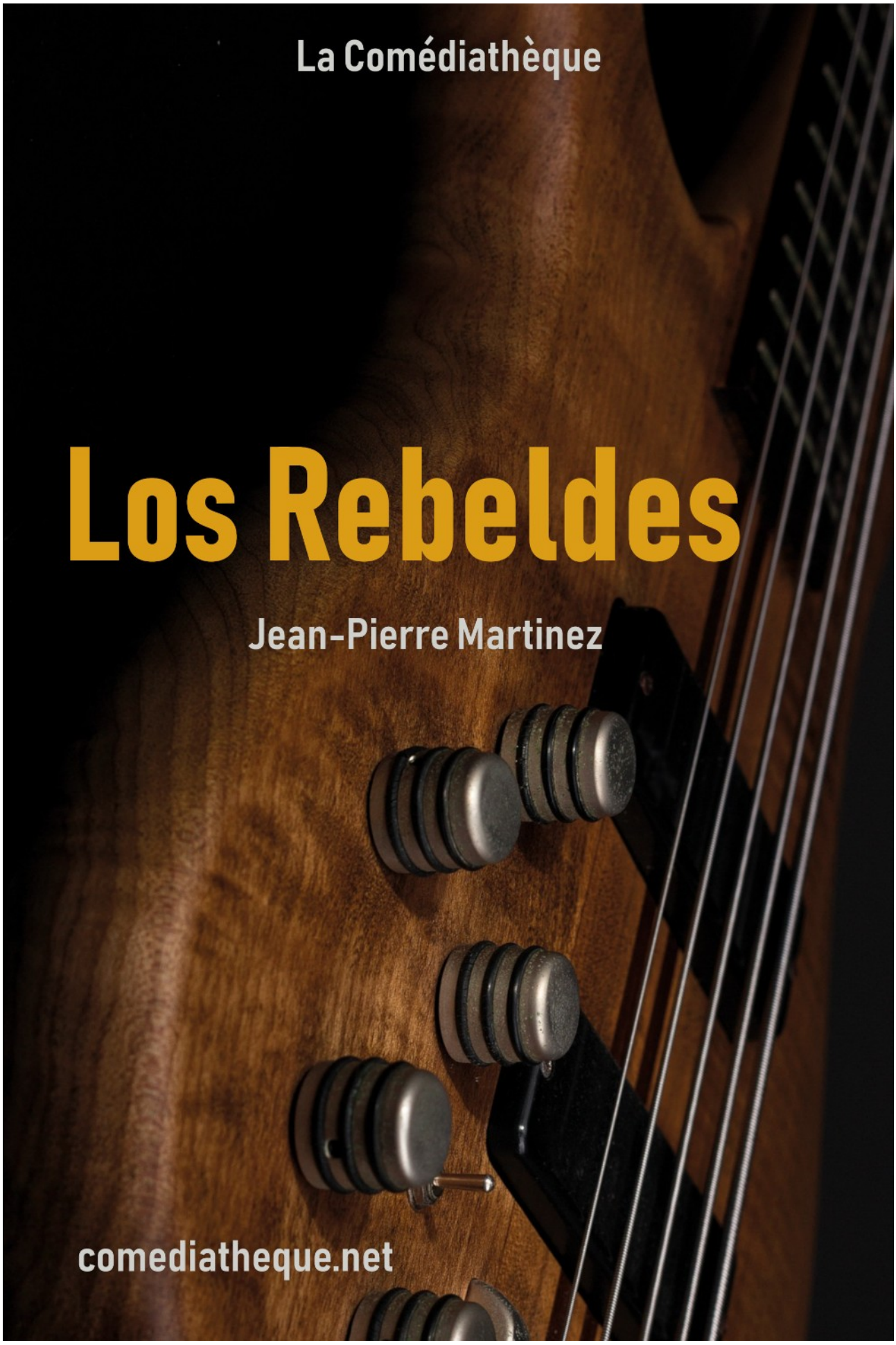
La Comédiathèque
Los Rebeldes
Jean-Pierre Martinez
comediatheque.net

Este texto puede leerse y descargarse gratuitamente.
Toda representación pública, profesional o amateur, incluso gratuita, requiere autorización previa y el pago de los correspondientes derechos de autor. Solicitar autorización:
https://jeanpierremartinez.net/es/contacto/

Los Rebeldes

Jean-Pierre Martinez

De adultos, nuestras vidas no siempre se parecen a las que soñábamos a los veinte años. Y el recuerdo idealizado de aquella edad suele parecerse bastante poco a nuestra verdadera juventud. Entre lo que soñábamos ser y lo que hemos llegado a ser se instala la nostalgia de todas las vidas posibles. Pero queda una pregunta: ¿de verdad habríamos podido vivir de otra manera, o estaba todo escrito de antemano? Esta comedia agridulce traza, a través de pequeños encuentros, el retrato tragicómico de unos personajes cuyos destinos no han seguido el rumbo que imaginaron.

Personajes

Vincent
Fred
Max
Tom
Cecilia
Alicia

© La Comédiathèque

1. Salida de emergencia

Un hombre permanece de pie, con los brazos cruzados, ante una puerta imaginaria. Llega una mujer.

Cecilia – Disculpe, ¿es esta la entrada de artistas?

Tom – Afirmativo.

Cecilia – Entonces saldrán por aquí.

Tom – ¿Quiénes?

Cecilia – ¡Los del grupo! ¡Los Rebeldes!

Tom – Ah, no lo creo.

Cecilia – Pero acaba de decirme que sí.

Tom – Le he dicho que esta es la entrada de artistas.

Cecilia – ¿Y entonces?

Tom – No le he dicho que sea la salida de artistas.

Cecilia – ¿Y hay una salida de artistas aparte?

Tom – Ni idea, señorita. Me han dicho que vigile esta puerta y eso es lo que hago.

Cecilia – Pero mire, junto a «Entrada de artistas» también pone «Salida de emergencia».

Tom – Ah, sí...

Cecilia – O sea, que también se puede salir por aquí.

Tom – Si hay un incendio, sí.

Cecilia – ¿Cree que solo saldrán por aquí si hay un incendio?

Tom – Un incendio o...

Cecilia – Si hay una salida de emergencia, a lo mejor también hay una entrada de emergencia.

Tom – ¿Para qué?

Cecilia – Por si el incendio está fuera.

Tom – Tal vez.

Cecilia – Entonces, ¿no sabe por dónde van a salir?

Tom – No.

Cecilia – Sabe usted bien poco para ser vigilante.

Tom – Solo hago mi trabajo.

Cecilia – ¿Y en qué consiste su trabajo?

Tom – En vigilar la entrada de artistas.

Cecilia – ¿Para qué?

Tom – Para impedir que entre nadie.

Cecilia – Excepto los artistas, entonces.

Tom – Excepto los artistas.

Cecilia – Yo no quiero entrar. Solo quiero pedirles un autógrafo cuando salgan.

Tom – Para salir, primero tendrían que haber entrado.

Cecilia – Ah, ¿entonces no han entrado todavía?

Tom – No.

Cecilia – Podría habérmelo dicho antes.

Tom – No me lo preguntó.

Cecilia – De acuerdo...

Tom – Puede preguntarles cuando entren.

Cecilia – ¿Pedirles qué?

Tom – Que por dónde piensan salir.

Cecilia – Sería más fácil pedirles un autógrafo directamente cuando entren, ¿no?

Tom – Eso ya lo decide usted.

Cecilia – ¿Y si me deja entrar?

Tom – ¿Para qué?

Cecilia – Para esperarlos dentro. Parece que va a llover...

Tom – Imposible, señorita. Salvo que...

Cecilia – ¿Salvo que...?

Tom – Salvo que me dé su número de teléfono.

Cecilia – ¡Vaya morro tiene!

Tom – Es broma. Le estoy tomando el pelo.

Cecilia – ¿Qué?

Tom – ¡Claro que han entrado! El concierto empieza dentro de un cuarto de hora.

Cecilia – Ya veo. Qué gracioso es usted, para ser vigilante...

Tom – Será porque no soy vigilante.

Cecilia – ¿Entonces, quién eres?

Tom – He venido al concierto, como tú. He salido a fumarme un porro mientras empieza. Son un grupo del barrio, no los Rolling Stones. ¿De verdad crees que pueden pagarse un vigilante?

Cecilia – No sé...

Tom – En fin, ya tienen una admiradora. La única, por lo visto. Les va a hacer una ilusión...

Cecilia – Yo también te estaba tomando el pelo. Buscaba la entrada de artistas para colarme sin pagar. Como te había tomado por un vigilante...

Tom – Entiendo...

Cecilia – ¿Crees que se puede entrar por ahí?

Tom – Seguramente. Yo he conseguido salir.

Cecilia – Bueno, entonces voy para allá...

Tom – Pero sigo sin entender por qué te empeñas en entrar por la salida de emergencia.

Cecilia – Ya te lo dije. Para no pagar.

Tom – ¿Pagar? ¡Pero si el concierto es gratis! ¿Tú pagarías por escuchar a Los Rebeldes?

Ella parece desconcertada.

Cecilia – Tienes razón. Debo de haberlos confundido con otro grupo...

Tom – Dame tu número. Cuando toque algún grupo que merezca la pena, te llamo.

Cecilia – Claro...

Él enciende un porro y se lo ofrece.

Tom – ¿Quieres? Es hachís libanés.

Ella toma el porro, da una calada y hace una mueca.

Cecilia – ¿Esto viene del Líbano?

Tom – Bueno, el que me lo vendió era libanés. O eso decía.

2. Una nota discordante

Max está afinando su bajo. Entra Fred con una guitarra.

Max – ¿Has mirado cómo está la sala?

Fred – Sí...

Max – ¡Está hasta arriba! Dicen que hay gente intentando colarse por la salida de emergencia.

Fred – ¿Ah, sí?

Max – No te lo vas a creer: una chica me ha pedido un autógrafo.

Fred – ¿Le diste tu número?

Max – Ni siquiera...

Fred – ¿No era muy guapa?

Max – Tenía catorce años.

Fred – Entiendo...

Max – ¿Oyes eso?

Fred (*con la mente en otro lado*) – ¿Qué?

Max – ¡La gente! Está impaciente. ¡Ya están aplaudiendo! ¡Nos reclaman!

Fred – Ah, sí...

Max – Fred, hoy está pasando algo, te lo digo yo. Dentro de unos años, cuando hayamos sacado nuestro tercer disco y llenemos el Olympia de París, recordaremos este concierto y diremos: «Aquí empezó todo».

Fred parece estar buscando algo.

Fred (*preocupado*) – Sí...

Max – ¿Qué te pasa? ¿No estarás demasiado colocado?

Fred – No, no... Bueno, sí, pero...

Max – ¿Qué pasa?

Fred – Se me ha roto una cuerda.

Max – Te da tiempo de sobra a cambiarla. Y si los hacemos esperar un poco, aumentará la expectación.

Fred – El problema es que no tengo recambio.

Max – ¿No tienes cuerdas de repuesto?

Fred – Tengo cuerdas de repuesto, pero esa no.

Max – ¿Cómo que no esa?

Fred – La de si. No tengo una cuerda de si.

Max – ¿Es una broma?

Fred – No...

Max – Joder, Fred...

Fred – ¿No tendrás una tú?

Max – Yo llevo dos juegos completos para el bajo. Y eso que las cuerdas del bajo casi nunca se rompen.

Fred – Lo siento...

Max – ¿No hay una tienda de música cerca?

Fred – Es domingo.

Max – Mierda... ¿Entonces qué hacemos?

Fred – Pues tocaré sin esa cuerda.

Max – Genial...

Fred – Todavía me quedan cinco.

Max – Si no rompes otra antes...

Fred – Qué le voy a hacer, tengo un lado destructivo. Jimi Hendrix destrozaba guitarras en el escenario...

Max – Sí, pero al acabar el concierto. Y seguro que llevaba cuerdas de repuesto. ¿Por qué no las llevas tú?

Fred – No tenía dinero.

Max – Ya. Para comprar hierba siempre tienes dinero.

Fred se acerca a él, amenazante.

Fred – ¿Qué pasa? ¿Ahora eres mi madre?

Max – Eres tú quien me trata como si fuera tu madre, Fred. ¿Encima tengo que llevar cuerdas de repuesto para tu guitarra de mierda? ¡Estoy harto de tocar con una panda de perdedores!

Fred – Nadie te obliga a quedarte, Max. Nos estás amargando a todos. Hemos venido a pasarlo bien, no a escuchar tus sermones.

Fred se va. Vincent llega.

Vincent – ¿Has visto la gente que hay ahí fuera?

Max – Sí.

Vincent – Desde que tenemos cantante, hay mucho más público. ¿Te has fijado?

Max – Desafina.

Vincent – Parece que no todos vienen por su voz... ¿Qué pasa?

Max – Fred ha roto una cuerda.

Vincent – ¿Y qué?

Max – No tiene cuerda de repuesto.

Vincent – Mierda... (Saca un porro, lo enciende, da una calada y se lo ofrece a Max.) ¿Quieres? Es libanés...

Max – No, gracias, prefiero mantenerme lúcido...

Vincent – ¿Lúcido?

Max – Entonces tú también estás colocado.

Vincent – Completamente. Bueno, ¿salimos? Creo que el público nos reclama...

Max – ¡Joder, Vincent, no lo entiendes! Fred ya toca fatal con seis cuerdas. ¡Imagínate con cinco! Nos van a abuchear.

Vincent – ¿Nuestro público? Tranquilo. ¡Son nuestros colegas! Y van más colocados que nosotros.

3. La partida

Vincent y Fred están sentados a una mesa, tomando café.

Vincent – Estupendo... ¿Así que te vas dentro de tres semanas?

Fred – El primero de mayo. El Día del Trabajo, y yo me voy de vacaciones durante un año. O más, ya veremos...

Vincent – No serán exactamente vacaciones, ¿no?

Fred – Cuando necesite dinero, trabajaré de cocinero o camarero. Allí se encuentra trabajo fácilmente. Y los franceses tienen buena fama, sobre todo en los restaurantes. Por no hablar de las mujeres...

Vincent – El mito del amante francés... Qué suerte tienes. Te lo vas a pasar en grande.

Fred – Puedes venirte conmigo.

Vincent – No puedo, por desgracia. En septiembre empiezo las prácticas en un banco de París. Y para no pasarme tres horas diarias en el transporte público, tendré que trabajar todo el verano para pagarme un cuartucho bajo el tejado.

Fred – Ah, ya.

Vincent – Es mucho menos glamuroso.

Fred – Desde luego...

Vincent – ¿Se lo has contado a Max?

Fred – Sí. Lo vi ayer.

Vincent – ¿Y cómo está?

Fred – Lo conoces... Con Max nunca está del todo bien.

Vincent – Max está preparando las oposiciones de profesor. Las tiene dentro de dos meses y anda de los nervios.

Fred – Casi no nos vemos.

Vincent – Creo que trabaja mucho.

Fred – O tal vez me guarda rencor. No sé por qué.

Vincent – Creo que nos guarda rencor a los dos por haber dejado el grupo. Y ahora tú te marchas. ¿Se acabaron Los Rebeldes?

Fred – Ya se habían acabado, ¿no?

Vincent – Hay que reconocerlo: nunca habríamos llegado a ser estrellas.

Fred – No estrellas del rock, al menos...

Vincent – En fin, vendí mi batería para pagar la fianza del cuarto.

Fred – Y yo mi guitarra para comprar mi billete de avión.

Pausa.

Vincent – Los Rebeldes... Vaya nombre más ridículo. ¿Quién tuvo la idea?

Fred – Fui yo.

Vincent – Ah, sí, es verdad...

Fred – En aquel internado de curas donde estudiaba, el colegio era una cárcel. Solo podíamos salir los fines de semana, siempre que no estuviéramos castigados. Y, por supuesto, no había chicas.

Vincent – Vaya...

Fred – Imagínate: en plena edad de querer perder la virginidad, metido entre chicos día y noche. No sé cómo salí heterosexual de allí.

Vincent – ¿Y no intentaste escapar?

Fred – Un día organicé una huelga para protestar por nuestras condiciones de reclusión. Todos parecían dispuestos a secundarla. Al final, de cuatrocientos alumnos, solo tres nos negamos a entrar en clase.

Vincent – Los Rebeldes...

Fred – Había uno en mi clase que se declaraba comunista. Sacaba unas notas estupendas y estaba muy comprometido políticamente. Le pregunté por qué no se sumaba a la protesta. ¿Sabes qué me dijo?

Vincent – No.

Fred – «Esto es una rebelión, no una revolución».

Vincent – Ah, sí...

Fred – No sé cómo llevará ahora su revolución. Yo intento seguir siendo un rebelde.

Vincent – ¿Y cómo terminó vuestra rebelión?

Fred – Esperaba que me expulsaran, pero nada. Nos castigaron cuatro fines de semana seguidos.

Vincent – Ah, sí, lo recuerdo. No te vimos durante mucho tiempo.

Fred – Me juré que, después del instituto, no volvería a dejar que nadie me encerrase en ninguna parte. Y menos en una oficina.

Vincent – Sí.

Fred – ¿A ti no te da miedo pasar toda la vida trabajando en un banco?

Vincent – Qué remedio. Yo no soy tan guapo como tú. Si quiero ligar, no puedo confiar solo en mi físico. Tendré que ganar mucho dinero...

Fred – Pues aprovecharé mientras sea joven y guapo. Después lo apostaré todo a mi sentido del humor.

Silencio.

Vincent – Vendrás a Normandía por mi cumpleaños, ¿verdad? Es el 30 de abril, la víspera de tu partida.

Fred – Por supuesto.

Silencio.

Vincent – ¿Estás seguro de que estás bien?

Fred – Mejor que nunca.

Vincent – Era lo que querías, ¿no? Irte de aquí. Conocer el mundo.

Fred – Sí... Dentro de tres semanas, ¡América me espera! Os mandaré postales, lo prometo.

Vincent – Y nos volveremos a ver.

Fred – Claro...

Intercambian una mirada significativa.

4. El futuro

Cecilia y Alicia están sentadas tomando café.

Alicia – ¿Vas a Normandía para el aniversario de Vincent?

Cecilia – Sí. Si quieres, te llevo. Mi madre me deja el coche.

Alicia – Genial. (Una pausa.) Creo que Max también va.

Cecilia – OK... (*Un momento*) Pero, ¿por qué me dices eso?

Alicia – ¿Qué?

Cecilia – Sobre Max.

Alicia – Lo dije así, sin más...

Cecilia – Anda, que te he notado un tonillo...

Alicia – Para nada.

Cecilia – Vamos a ser unos cien en la fiesta. ¿Por qué me hablas de Max?

Alicia – No sé... Max y tú...

Cecilia – Qué tontería. ¿Quién te dijo eso?

Alicia – Nadie. Pero todo el mundo sabe que está colado por ti, ¿no?

Cecilia – ¿Todo el mundo?

Alicia – Excepto tú, por lo visto. ¿No te gusta?

Cecilia – ¿Fue él quien te pidió que me lo dijeras?

Alicia – En absoluto, te lo aseguro... (*Un momento*) Bueno, sí, un poco...

Cecilia – Pensaba que ya habíamos pasado la edad de estas niñerías.

Alicia – Pues no él, ¿ves? (*Un momento*) Entonces, ¿qué?

Cecilia – Me cae bien, pero es solo un amigo.

Alicia – Entiendo.

Cecilia – Sí, por supuesto, me he dado cuenta de que...

Alicia – ¿Qué?

Cecilia – Que me mira de una forma rara.

Alicia – Es bastante guapo, ¿no?

Cecilia – Es tan serio... Si me acuesto con él una noche, al día siguiente me trae el desayuno a la cama y me pide matrimonio. Y al mes estamos eligiendo muebles en IKEA.

Alicia – Y...

Cecilia – No consigo imaginarme así.

Alicia – Lo entiendo.

Cecilia – Y, francamente, un tipo que ni siquiera se atreve a preguntarte a la cara si quieres salir con él...

Alicia – Supongo que le daba miedo que le dieras calabazas.

Pausa.

Cecilia – ¿Y tú?

Alicia – ¿Yo?

Cecilia – ¿Te gusta Max?

Alicia – No sé... ¿Por qué no?

Cecilia – ¿Ah, sí?

Alicia – Solo he dicho que... ¿por qué no?

Cecilia – Y él te manda a hablar conmigo en su lugar...

Alicia – Parece que lo impresionas.

Cecilia – Pues a mí no me impresiona lo más mínimo. ¿Os veis a menudo?

Alicia – A veces preparamos juntos las oposiciones de profesor.

Cecilia – Ya veo... ¿Le digo que te gustaría salir con él?

Alicia – Sería bastante divertido...

Cecilia – Sí.

Alicia – Pero un poco cruel.

Cecilia – Él también lo ha buscado, ¿no?

Ríen.

Alicia – ¿Y tú, qué harás el año que viene?

Cecilia – No lo sé... Ni siquiera sé qué voy a hacer este verano.

Alicia – ¿No vas a dejar la universidad, verdad? Como Fred...

Cecilia – ¿Fred?

Alicia – Fred se va a Estados Unidos a finales de mes.

Cecilia – Ah, sí... ¿Se va por mucho tiempo?

Alicia – No lo sé.

Cecilia – Es un tipo peculiar, Fred.

Alicia – Más divertido que Max, desde luego.

Cecilia – No, quiero decir... él siempre está bromeando, pero...

Alicia – ¿Qué?

Cecilia – No sé si es tan feliz como quiere aparentar.

Alicia – ¿Crees que es gay?

Cecilia – No... Bueno, no sé. ¿Tú qué crees?

Alicia – Puedes intentar averiguarlo...

Cecilia – De todos modos, tiene toda la razón en irse de aquí.

Alicia – Sí... ¿Ya has ido alguna vez a Estados Unidos?

Cecilia – Creo que lo más lejos que he ido en mi vida es a Ardèche, en el sur de Francia.

Alicia – ¿En serio? ¿Nunca has subido a un avión?

Cecilia – Sí, para ir a Ardèche.

Alicia – ¿Estás bromeando?

Cecilia – Te lo digo en serio. ¿Y tú? ¿Has viajado mucho?

Alicia – Por lo menos he cambiado mucho de casa. No paramos de mudarnos hasta que cumplí diez años. Mi padre era militar. Pero mudarse no es viajar, ¿sabes? Vivimos en Alemania y en varios países africanos; ni siquiera recuerdo en cuáles. Para mí, cada traslado significaba dejar atrás a mis amigas. Cuando llegaba a un sitio, sabía que no debía encariñarme: a los seis meses, o como mucho en dos años, nos iríamos y no volvería a verlas.

Cecilia – ¿Y después?

Alicia – Entonces murió mi padre y dejamos de mudarnos. Es horrible decirlo, pero su muerte fue un alivio para mí. Por fin podía echar raíces en algún sitio. (Está a punto de llorar.) Tú no te irás, ¿verdad?

Cecilia – No, tranquila. Yo me quedo aquí.

Cecilia pone su mano sobre la de Alicia para tranquilizarla.

5. Taxi

Alicia espera. Llega Tom y se pone a esperar también. La mira de reojo; ella evita su mirada.

Tom – Perdona, ¿esperas un taxi?

Alicia – Sí...

Tom – No, tranquila, no es... por entablar conversación.

Alicia – ¿Una conversación?

Tom – Quiero decir que no intento ligar contigo. Solo quería saber si esperabas un taxi.

Alicia – Entiendo...

Tom – Podrías estar esperando otra cosa.

Alicia – ¿Qué voy a esperar en una parada de taxis? ¿Un autobús?

Tom – Entonces estás esperando un taxi...

Alicia – ¿Y...?

Tom – Y como has llegado antes, el próximo será para ti. Esa era mi pregunta. Ahora sé que tendré que esperar al siguiente.

Alicia – Pues lo siento por ti.

Tom – No, no, no te disculpes... No es grave.

Alicia – No te estaba pidiendo perdón.

Un momento de silencio.

Tom – Ahora me ha entrado una duda...

Alicia – ¿Otra vez?

Tom – ¿Estás segura de que esto es una parada de taxis?

Alicia – Hay un cartel. Pone «TAXI».

Tom – Sí, pero eso no significa nada.

Alicia – ¿Ah, no?

Tom – En un pueblo como este, no está tan claro que haya una parada de taxis.

Alicia – ¿Y por qué pone «TAXI»?

Tom – A lo mejor esto es un lugar de citas.

Alicia – ¿Un lugar de citas?

Tom – Quiero decir, un punto de encuentro. En las estaciones de tren de los pueblos pequeños es bastante habitual.

Alicia – No es realmente una pequeña estación rural...

Tom – Me refiero a las ciudades pequeñas. La gente pide un taxi el día antes para ir al hospital o a donde sea, y a la hora convenida el taxi los espera junto al cartel.

Alicia – ¿Ah, sí?

Tom – ¿Has pedido un taxi?

Alicia – No.

Tom – Pues solo nos queda confiar en que sea una parada de verdad...

Un silencio algo más largo, mientras la duda empieza a hacer mella.

Alicia – ¿Entonces crees que estamos esperando en vano?

Tom – No lo sé...

Un momento.

Alicia – ¿Y si llamamos a una empresa de taxis?

Tom – Eso se puede hacer en París. Y quizá en alguna ciudad grande. Aquí lo dudo...

Alicia – Bueno... entonces esperemos.

Un momento.

Tom – ¿Me dices la hora? (Alicia lo mira sorprendida.) No, no te lo digo para...

Alicia – ¿Entablar conversación?

Tom – No llevo reloj... (Alicia mira el reloj que lleva puesto.) Bueno, sí, pero se le ha acabado la pila.

Alicia – ¿Y para qué te lo sigues poniendo?

Tom – No sé... Le había cogido cariño.

Alicia – Entiendo...

Tom – Es broma, se acaba de parar. Hace un momento.

Alicia – Mala suerte.

Tom – Entonces...

Alicia – ¿Entonces?

Tom – ¿Tienes la hora?

Alicia – Ah, perdona... (Mira su reloj.) Casi las doce de la noche.

Tom – Medianoche...

Alicia – Sí... Hay pocas posibilidades de que alguien haya pedido un taxi para ir al hospital a esta hora.

Tom – A no ser que sea una urgencia. Pero si alguien sufre un infarto o un ictus, no reserva el taxi el día anterior, ¿verdad?

Alicia – No... probablemente no.

Tom – Bueno, no sé... Puede que realmente sea una estación de taxis...

Alicia – Vamos a esperar un poco más.

Tom – Aunque sea una parada, eso no quiere decir que pase algún taxi. Un domingo a medianoche, en este pueblo de mala muerte...

Alicia – No eres precisamente optimista, ¿verdad? Ya me estoy arrepintiendo de haber iniciado esta conversación.

Tom – Perdona... A veces también tengo gracia, ¿sabes?

Alicia – Sin proponértelo, supongo.

Tom – ¿Puedo preguntarte a dónde vas?

Alicia – ¿Para qué?

Tom – Ah no, no digo esto para...

Alicia – ¿Para ligar conmigo?

Tom – Es que... ya sería un milagro que apareciera un taxi en menos de una hora, así que dos... Pensaba que, si vamos más o menos en la misma dirección, podríamos compartirlo. El taxi, quiero decir.

Alicia – Sí, no lo sé...

Tom – ¿Hacia dónde vas?

Alicia (señalando una dirección) – Yo voy por allí...

Tom (desconcertado) – Ah, ya...

Alicia – ¿Y tú?

Tom – Yo también... Más o menos...

Alicia – Primero debería llegar un taxi.

Tom – Te aseguro que no digo esto para ligar, pero...

Alicia – Si dejaras de empezar todas tus frases con «no te lo digo para ligar», a lo mejor resultaría más creíble.

Tom – Lo siento...

Un momento de silencio.

Alicia – Anda, habla.

Tom – Es que... tengo la impresión de haberte visto antes.

Alicia se queda un momento desconcertada.

Alicia – Un momento... «¿Tienes hora?», «¿No nos conocemos?», «¿Tendrás fuego?»... Tranquilo, ya hemos entablado conversación.

Tom – Está bien.

Alicia – Si tienes algo interesante que decir, te escucho. Ahórrate los preliminares: está claro que no son lo tuyo...

Tom – Perdona, es que de verdad me sonaba tu cara.

Alicia – Perdón, estoy un poco nerviosa...

Tom saca un cigarrillo y busca algo con que encenderlo. No encuentra nada.

Tom – Me da hasta apuro preguntarte si tienes fuego...

Alicia – No tengo. No fumo.

Él guarda su cigarro.

Tom – Qué pena... para mí, digo. Tú haces bien en no fumar.

Alicia – Sí.

Un momento.

Tom – Esperando un taxi...

Alicia – Sí, lo había entendido.

Tom – No, es el título de una canción que escribí hace años.

Alicia – ¿Escribes canciones?

Tom – Sí... Bueno, antes. ¿Por qué? ¿Tengo cara de cantautor?

Alicia – No sé. No conozco a ningún compositor personalmente. ¿Y de qué iba la canción?

Tom – De un tipo que... espera un taxi.

Alicia – Eso ya me lo imaginaba por el título. ¿Y qué más?

Tom – Ya no me acuerdo muy bien, pero el estribillo decía: «Espero un taxi, taxi, taxi...»

Alicia – «Espero un taxi, taxi, taxi...» ¿Así?

Tom – Sí. Es lo que recuerdo...

Alicia – Entiendo... ¿Y al final llegó tu taxi?

Tom – No... De hecho, todavía lo sigo esperando.

Alicia – No es muy alentador.

Tom – Lo del taxi era una metáfora, claro. Un hombre esperando un taxi que lo llevara a alguna parte... Era yo de joven. O cualquiera. A los dieciocho todos esperamos que pase algo, que la vida nos lleve a algún sitio, que alguien aparezca...

Alicia – Ya. Y en tu caso no apareció nadie.

Tom – Desde entonces he cogido bastantes taxis, claro. Pero ninguno me ha llevado adonde de verdad quería ir.

Alicia – ¿Y adónde querías ir?

Tom – No lo sé...

Alicia – Pues yo, ahora mismo, solo quiero llegar a casa.

Tom – Entonces, no vives con tus padres.

Alicia – No. ¿Por qué? ¿Vives con tus padres?

Tom – No... Bueno, depende.

Alicia – ¿Depende?

Tom – Depende de los días.

Alicia – Entiendo...

Un momento de silencio.

Tom – ¡Ya sé de qué te conozco!

Alicia – ¿De qué?

Tom – De dónde nos hemos visto antes.

Alicia – ¿Y entonces?

Tom – Tú también estabas en la fiesta de Vincent, esta noche.

Alicia – Sí, efectivamente... Lo siento, no me acuerdo de ti.

Tom – Te pedí que bailaras conmigo. Me dijiste que no...

Alicia – Pues mucha impresión no debí de causarte, si no me has reconocido hasta ahora.

Tom – Es que allí había poca luz y te veía más... Y aquí, con estos fluorescentes...

Alicia – Muchas gracias.

Tom – No, si aquí también estás guapísima.

Alicia – Y ahora, ¿estás seguro de que no estás tratando de ligar conmigo?

Tom – Ahora, tal vez un poco, sí.

Alicia – Iba a volver con una amiga que tiene coche, pero se ha quedado con un chico y...

Tom – Ah, sí, mala suerte. Bueno, quiero decir, para ti.

Alicia – Pensé que podría encontrar un taxi. ¿Y tú?

Tom – En realidad no estaba invitado directamente. Bueno, una amiga me había invitado, pero a última hora no pudo venir...

Alicia – Entonces, no conocías a nadie.

Tom – Así que tampoco me apetecía quedarme a dormir allí.

Alicia – Esa delicadeza te honra.

Tom – Vine en tren, pero perdí el último. El siguiente sale mañana a las siete y treinta y dos; ya lo he comprobado.

Alicia – Y mientras tanto, la estación está cerrada.

Tom – No sé si vale la pena esperar.

Alicia – ¿Para el taxi, quieres decir?

Tom – Tenemos que admitirlo: esta noche no va a pasar ningún taxi.

Alicia – Vivo a treinta kilómetros, no puedo regresar a pie.

Tom – Aparte del tren de las 7:32, no veo otra opción.

Alicia (mirando su reloj) – ¡Si apenas es medianoche! ¿Vamos a quedarnos aquí siete horas?

Tom – Sobre todo porque no hace mucho calor.

Alicia – Podríamos regresar allá, por supuesto, pero...

Tom – ¿A esa fiesta, quieres decir?

Alicia – En casa de Vincent, sí.

Tom – Honestamente, no estoy seguro de querer volver allí.

Alicia – ¿Ah, sí?

Tom – De hecho, fue Vincent quien me echó.

Alicia – ¿Ah, sí? ¿Por qué?

Tom – Desapareció dinero de un bolso. Como yo era el único desconocido, me convertí en el sospechoso perfecto. Te juro que no fui yo.

Alicia – Lo sé.

Tom – Gracias. Entonces, ¿no tengo pinta de ir robando dinero en bolsos ajenos en fiestas a las que ni siquiera me han invitado?

Alicia – Pues... un poco sí que la tienes.

Tom – Entonces, ¿cómo sabes que no fui yo quien robó ese dinero?

Alicia – Porque el dinero era mío. Creía haberlo perdido. Se lo conté a Cecilia y ella se lo dijo a Vincent. Pero acabo de encontrarlo en el forro del bolso.

Tom – O sea, que me echaron como a un ladrón por tu culpa.

Alicia – No sabía que Cecilia iba a contárselo a Vincent ni que se iba a montar semejante lío. Por eso me fui. Estaba avergonzada...

Tom – Y yo también.

Alicia – Lo siento mucho.

Tom – Sí.

Alicia – Mira, si aparece un taxi, te invito a subir conmigo. Te dejo en tu casa y pago yo.

Tom – No corres muchos riesgos. Ningún taxi vendrá aquí esta noche.

Alicia – ¿Y qué puedo hacer para que me perdones? Aunque tampoco fue culpa mía...

Tom – Gritar «¡Al ladrón!» porque no encuentras el dinero y dejar que acusen a un inocente...

Alicia – Bueno, tampoco hay para tanto. Yo no acusé a nadie, fue mi amiga quien...

Tom – Vi odio en sus miradas. Podrían haberme linchado...

Alicia – ¿Estás seguro de que no estás exagerando un poco?

Tom – Bueno, hay una cosa que podrías hacer para que te perdone.

Alicia – Dime.

Tom – Concédeme este baile.

Alicia – ¿Perdón?

Tom – Antes te pedí que bailaras conmigo y me dijiste que no. Concédeme este baile.

Alicia – ¿Aquí? ¿En una parada de taxis?

Tom – No tenemos nada urgente que hacer, ¿no?

Alicia – ¡Ni siquiera hay música!

Tom – Tengo música en el móvil. Me lo debes, ¿no?

Alicia duda.

Alicia – Está bien, pero solo vamos a bailar, ¿de acuerdo?

Tom – De acuerdo.

Saca el móvil, pone una canción lenta de las de siempre, deja el teléfono en el suelo y le tiende los brazos.

Alicia – ¿Siempre llevas una canción lenta preparada por si conoces a una chica en una parada de taxis?

Tom – Si prefieres otra canción...

Alicia – Bueno, venga. Total, ¿qué puede pasarme, si no intentas ligar conmigo?

Ella acepta sus brazos y empiezan a bailar.

6. La proposición

Alicia está tomando café. Entra Max.

Alicia – ¿Cómo estás?

Max – Con resaca, pero bien. Creo que me pasé con el champán...

Alicia – No todos los días se casa tu mejor amigo.

Max – No...

Alicia – Fue una boda bonita.

Max – Sí.

Alicia – Hacía mucho que no estábamos todos juntos.

Max – Sí... Bueno, casi todos...

Alicia – Deberíamos hacer esto más a menudo.

Max – Sí. Tendremos que encontrar otra ocasión.

Pausa.

Alicia – Se me ha ocurrido algo, pero...

Max – ¿Ah, sí?

Alicia – ¿A ti no?

Max – No sé...

Pausa.

Alicia – Llevamos tiempo juntos. Estoy embarazada...

Max (fingiendo sorpresa) – ¿Estás embarazada? (Ella no se ríe.) Era broma...

Alicia – Ya sé que lo tradicional sería que me lo pidieras tú, pero, como no te decides...

Max – Perdona. No creía que fuera tan importante para ti.

Alicia – No digo que sea importante, pero es lo lógico, ¿no?

Max – ¿Lógico?

Alicia – Vivimos juntos. Vamos a tener un hijo...

Max – Claro.

Alicia – ¡Podrías mostrar un poco de entusiasmo!

Max – Perdona. No esperaba tener esta conversación esta mañana. Ya te he dicho que estoy de resaca...

Ella se levanta.

Alicia – Me ha costado mucho sacar el tema y ahora me siento fatal.

Él se levanta y la abraza.

Max – Perdóname. Claro que vamos a casarnos. Nos queremos, ¿no?

Alicia – Lo siento yo. No he estado muy... Es la primera vez que le pido matrimonio a alguien.

Max – Se nota un poco.

Alicia – Pero tampoco tiene por qué ser una obligación. Si no quieres...

Max – Alicia, ¿quieres casarte conmigo?

Alicia – Sí, quiero.

Max – Pues entonces nos declaro marido y mujer.

Alicia – Ya puedes besar a la novia...

Se besan.

7. Urgencia

Vincent está presente. Parece encontrarse mal. Entra Cecilia, algo agitada.

Cecilia – He conseguido hablar con ellos.

Vincent – ¿Y qué dijeron?

Cecilia – Mandan una ambulancia. ¿Cómo estás?

Vincent – No siento el brazo...

Cecilia – Todo irá bien. Llegarán en unos minutos... Eso espero.

Vincent – Un infarto a mi edad... Al menos en esto habré sido precoz...

Cecilia – No digas tonterías. Puede que ni siquiera sea un infarto. Pero mejor no arriesgarse.

Vincent – Lo siento por ti. Quedarte viuda el día de nuestro aniversario de boda sería el colmo...

Cecilia – No bromees con eso. Vamos a sacarte de esta.

Vincent – Claro... (*Pausa*) Pero si por mala suerte no salgo adelante, tengo que decirte algo.

Cecilia – Sé perfectamente dónde están los papeles; soy yo quien los guarda. ¿Por qué no descansas un poco?

Vincent – No hablaba de los papeles. Pero mientras esperamos podemos hablar, ¿no?

Cecilia – Claro. Pero si vas a confesarme que me has engañado con mi mejor amiga, piénsatelo. Si te dan el alta mañana, podrías arrepentirte de lo que me hayas contado...

Vincent – Nunca te he sido infiel, Cecilia.

Cecilia – Entonces te escucho...

Vincent – Antes que nada, quiero que sepas que te quiero.

Cecilia – Lo sé, Vincent. Me lo dices todos los días.

Vincent – Y tú me respondes que también me amas.

Cecilia – Porque es verdad.

Vincent – Pero tú siempre me contestas. Nunca eres la primera en decirlo.

Cecilia – Te quiero, Vincent. ¿Cómo puedes dudarlo?

Vincent – Lo sé, pero...

Cecilia – ¿Qué?

Vincent – Siempre me he preguntado si de verdad soy el hombre de tu vida.

Cecilia – ¿El hombre de mi vida?

Vincent – Me da vergüenza decirlo, pero siempre he sospechado que, en el fondo, seguías enamorada de Fred.

Cecilia – ¿Fred?

Vincent – El fin de semana de mi cumpleaños, en Normandía, te liaste con él.

Cecilia – Fue hace mucho tiempo. Tú y yo todavía no éramos pareja.

Vincent – Lo sé. No te acuso de engañarme. No te reprocho nada.

Cecilia – No volví a verlo después de aquel fin de semana. Ni siquiera vino a nuestra boda. ¿Cómo puedes pensar eso?

Vincent – Precisamente. Quizá si lo hubieras vuelto a ver...

Cecilia – Te haces daño innecesariamente, Vincent... ¿Realmente crees que es el momento?

Vincent – Nunca me he atrevido a hablarte de esto. Y quizás no vuelva a tener la oportunidad.

Cecilia – Lo de Fred fue una sola noche. Había bebido un poco. No significó nada. Antes de conocerte había salido con otros hombres, ¿sabes?

Vincent – Pero Fred era mi mejor amigo.

Cecilia – Dime, ¿cómo te sientes?

Vincent – Mal.

Cecilia – Me parece escuchar la ambulancia.

Vincent – Esa es la sirena de un coche de policía. Las ambulancias no suenan así.

Cecilia – No deberían tardar mucho ahora...

Vincent – Entonces...

Cecilia – ¿Entonces qué?

Vincent – Yo también estaba allí aquella noche. Intenté conquistarte. Pero elegiste a Fred.

Cecilia – Sí.

Vincent – ¿Por qué él?

Cecilia – Fred se marchaba al día siguiente a Estados Unidos. Iba a dejar Francia por mucho tiempo, quizá para siempre.

Vincent – ¿Y por eso saliste con él?

Cecilia – Sabía que no volvería a verlo, al menos en mucho tiempo. Sí, quizá estaba enamorada de él, pero no lo amaba. Te quiero a ti. Contigo me casé.

Vincent – Ojalá me hubieras querido entonces.

Cecilia – Te quiero ahora. Y no voy a dejar que te vayas.

Vincent – No me iré. Te lo prometo.

Cecilia – Te elegí a ti, Vincent. ¿Habríamos podido vivir otra vida? No lo creo. No todos los sueños de juventud tienen que hacerse realidad.

Vincent – Mi sueño eras tú. Y lo hiciste realidad.

Momento de emoción.

Cecilia – Ahora necesito preguntarte algo. Tienes que decirme la verdad.

Vincent – Sí...

Cecilia – ¿Sabías que tenías problemas de corazón?

Pausa.

Vincent – Sí.

Cecilia – Pero no me lo habías dicho...

Vincent – ¿Te habrías casado conmigo si lo hubieras sabido?

Cecilia – Es una pregunta extraña.

Vincent – Perdona. Tenía miedo de que me miraras de otra manera...

Cecilia – ¿Así?

Vincent – No quería que sintieras lástima por mí.

Ella le coge la mano.

Cecilia – Oigo otra sirena.

Vincent – Esta vez sí que es una ambulancia.

Cecilia – Voy a abrirles. Todo va a salir bien, ya verás...

Vincent – Claro... Todo saldrá bien...

8. Los amigos

Están sentados a una mesa, tomando café. Silencio incómodo.

Fred – No sabía que estaba enfermo... Del corazón, quiero decir.

Max – Yo tampoco.

Fred – Claro, porque si lo hubieras sabido me lo habrías dicho...

Pausa.

Max – No se lo había contado a nadie. Ni siquiera a su esposa, al parecer.

Fred – No me extraña. Vincent tenía mentalidad de ganador. Todo le salía bien.

Max – El salario más alto, el coche más grande... La mujer más hermosa...

Fred – Le encantaba que lo admiraran. No habría soportado que le tuvieran lástima.

Max – Pero igual murió.

Fred – No se puede ganar siempre.

Max – No... Al final todos perdemos. Incluso los que tienen mentalidad de ganador.

Pausa.

Fred – ¿Y tú, cómo estás?

Max – Estoy bien.

Fred – Entonces no has dejado la región.

Max – Aquí sigo. No me he marchado ni de la ciudad ni del instituto: ahora doy clase allí. Seguramente acabaré jubilándome en él. No debo de tener mucho espíritu de triunfador.

Fred – Hablaba de Vincent. Siempre tan susceptible...

Pausa.

Max – ¿Y tú?

Fred – Estoy bien.

Max – ¿Sigues en el sector inmobiliario?

Fred – Sí, pero he viajado bastante.

Max – ¿A Estados Unidos?

Fred – A Estados Unidos. A Asia. Ahora vivo en el Sur.

Max – ¿El Sur de Francia...?

Fred – Lyon.

Max – ¿Casado?

Fred – Casado y divorciado. ¿Y tú?

Max – Divorciado y vuelto a casar.

Pausa.

Fred – ¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez que nos vimos?

Max – No sé... Ha pasado mucho tiempo.

Fred – Es una lástima.

Max – Mmm...

Fred – Éramos muy cercanos, después de todo. Éramos amigos.

Max – Sí.

Fred – ¿Lo seguimos siendo?

Max – Claro...

Fred – Pero ya no nos vemos.

Max – Lo has dicho, vives en el Sur.

Fred – Lyon no está en el fin del mundo.

Max – No. Ni siquiera es realmente el Sur.

Fred – No lo sé. ¿Dónde empieza el Sur?

Max – Exactamente, no lo sé. Diría Montélimar.

Fred – Pero Lyon no es el Norte. Tampoco es el Centro. ¿El Este?

Max – No exactamente.

Fred – No el Oeste, desde luego.

Max – Lyon es un desafío para cualquier geógrafo, y yo enseño Geografía. Más que un lugar, parece un destino. La prueba es que la «Gare de Lyon» no está en Lyon, sino en París.

Fred – Lyon está en medio de ninguna parte. Llegas por la autopista y la atraviesas por un túnel. Quizá por eso vivo allí: nunca he sabido quedarme mucho tiempo en un sitio.

Max – Yo nunca he conseguido moverme. Supongo que por eso me hice profesor de Geografía: para viajar sin salir de casa.

Pausa.

Fred – El 30 de abril de 2010.

Max – ¿Perdón?

Fred – La última vez que nos vimos fue el 30 de abril de 2010.

Max – Qué memoria...

Fred – Era el cumpleaños de Vincent. Dio una fiesta enorme en su casa de campo de Normandía.

Max – Ah, sí, quizás. De todos modos, no era en su boda. No estabas allí.

Fred – Estaba lejos... En San Francisco, creo. No pude hacer el viaje... ¿Es una queja?

Max – No. Es una constatación.

Fred – Nunca me han gustado mucho las ceremonias.

Max – Pero fuiste a su funeral.

Fred – Sí... (Una pausa.) ¿Qué pasó aquella noche para que dejáramos de vernos?

Max – Hoy nos estamos viendo.

Fred – Más de diez años después. Y ha tenido que morir Vincent para que nos reencontremos...

Max – Ya casi no nos veíamos antes de aquella fiesta. Cada cual tomó su camino y dejamos de cruzarnos. Así es la vida...

Pausa.

Fred – ¿Entonces nunca me has perdonado?

Max – ¿Perdonar qué?

Fred – Lo sabes muy bien.

Max – Te aseguro que no.

Fred – Y nunca me perdonarás.

Max – ¿Pero qué?

Fred – ¡Por haberme liado con Cecilia! La noche del cumpleaños de Vincent.

Max – ¿Por qué iba a enfadarme contigo?

Fred – Porque supongo que estabas enamorado de ella.

Max – Eso es una tontería.

Fred – ¿No estabas enamorado de ella?

Max – Bueno... Puede que un poco.

Fred – Siempre habías estado enamorado de ella. Yo llego esa noche, no la había visto desde... y ella se me echa en brazos.

Max – Yo no salía con ella. No es como si me hubiera engañado con mi mejor amigo.

Fred – Entonces te acuerdas. Y me guardaste rencor.

Max – Sí.

Fred – Ella fue quien se acercó a mí.

Max – Claro. Y tú te dejaste llevar, como siempre.

Fred – No volví a verla. Y ella tampoco intentó volver a verme.

Max – ¿Y qué? ¿Eso lo hace menos grave porque fue solo una noche?

Fred – Unos meses después estaba saliendo con Vincent. Y a él nunca se lo echaste en cara.

Max – Él se casó con ella.

Pausa.

Fred – ¿Seguías viéndolos?

Max – Sí. De vez en cuando. La ciudad no es muy grande, sabes.

Fred – Pero nosotros no nos vemos más.

Max – Es difícil seguir siendo amigo de alguien que vive a quinientos kilómetros. Pero aún es más difícil estar enfadado con alguien que vive enfrente.

Pausa.

Fred – Entonces soy el malo, ¿no?

Max – No dije eso.

Fred – ¿Vendrás a mi funeral, al menos?

Max – Dices tonterías. Y tal vez yo muera antes que tú.

Fred – Aquella noche iba borracho, como todos. Ella se me acercó. Yo me dejé llevar. Quería estar con alguien, y no sé por qué me eligió a mí.

Max – Probablemente porque sabía que para ti no significaba nada. Que ni siquiera intentarías volver a verla.

Fred – Seguramente, sí.

Max – Seguramente por eso todas se te echan a los brazos.

Fred – Sí... Y por eso nunca consigo que ninguna se quede.

Max – Es verdad: tenía celos. A ti te iba bien con las mujeres. Yo soy el tipo con el que podrían casarse, y eso las asusta. Envidiaba tu despreocupación...

Fred – Y yo envidiaba tu seriedad.

Max – Querrás decir mi rigidez.

Fred – Pensaba que tú harías algo de tu vida. Quiero decir, algo que tuviera sentido.

Max – Y, al final, ninguno de nosotros ha hecho nada extraordinario. Ninguno.

Fred – Ninguno de los tres llegó a ser estrella del rock. Y mira que recorrimos escenarios de toda la región con aquel grupo...

Max – Los Rebeldes...

Pausa.

Fred – Entonces es eso... Es por Cecilia...

Max – No.

Fred – ¿No me digas que también es por el último concierto? Lo hice fatal porque me faltaba una cuerda...

Max – ¿De verdad crees que esto va de una chica o de una cuerda rota? ¿Que con que te perdone volveremos a ser amigos como antes?

Fred – No lo sé.

Max – Es verdad, si hubieras tocado un poco mejor en ese concierto, tal vez habríamos hecho algunos más. Pero no soy tonto. Sé bien que ese grupo no estaba hecho para durar. Nunca nos habríamos convertido en músicos profesionales. Y en cuanto a ser famosos...

Fred – ¿Entonces por qué?

Max – No estamos enfadados, Fred. Simplemente hemos perdido el contacto. Y, en cierto modo, eso es peor. «Ojos que no ven, corazón que no siente», ya sabes. Hemos dejado de hacer cosas juntos. Ya no compartimos nada. La amistad no se acaba un día concreto, como la vida de Vincent. Se va apagando. Y no nos vemos porque encontrarnos nos recuerda nuestra juventud, todas las promesas que nos hicimos y que no cumplimos.

Fred – Entonces, ¿qué es la amistad para ti?

Max – No sé... Un amigo es alguien cuya opinión te importa, con quien te ríes y haces planes. ¿Qué planes tenemos nosotros? ¿Quedar a tomar otro café dentro de diez años, en otro funeral? Ya no compartimos sueños, Fred. Ni siquiera sé si yo tengo alguno. Cuando nos vemos, solo hablamos de los viejos tiempos. Por eso me deprime. ¿A ti no?

Fred – Lo siento...

Max – ¿Qué?

Fred – Por no haber estado ahí. Por haber desertado de nuestra amistad.

Max – No tienes la culpa. Yo tampoco. Es la vida. ¿Qué proyectos podríamos tener juntos?

Fred – No lo sé.

Max – Soñábamos con grabar un disco en Inglaterra. Con tocar en el Golf Drouot, aquel templo parisino del rock.

Fred – Pues yo he cumplido ese sueño. Ahora juego al golf todos los sábados con mis compañeros de trabajo.

Max – Yo no sé jugar al golf. Y tampoco tengo ganas de aprender.

Una pausa.

Fred – Y pensar que el Golf Drouot ya había cerrado cuando nosotros empezamos...

Max – ¿Lo ves? Hasta cuando éramos jóvenes ya estábamos pasados de moda.

Fred – Podríamos empezar a hacer senderismo... Con esos bastones, como los esquiadores. Es más propio de nuestra edad que el rock, ¿no?

Max – Tú vives en Lyon y yo en las afueras de París.

Fred – Pues quedamos cerca de Dijon. A mitad de camino para los dos. Ahora, con el tren de alta velocidad...

Max – Ni cuando vivíamos a dos calles conseguimos seguir cerca. Y cuando te marchaste... No te lo reprocho. Tú tenías otras cosas que vivir. Yo también. Simplemente no eran las mismas.

Fred – También había que trabajar para ganarse la vida. No se puede vivir eternamente de sueños imposibles. Ya entonces sospechábamos que nunca seríamos estrellas...

Max – De todos modos, ahora estamos seguros de ello.

Fred – ¿Y es por eso, según tú, que ya no somos amigos? Porque no pudimos realizar nuestros sueños de adolescentes.

Max – No. No solo por eso. Los sueños, podríamos haber encontrado otros. Incluso podríamos habernos reído juntos de nuestros fracasos.

Fred – Entonces, ¿por qué?

Max – Cuando éramos de verdad amigos nos veíamos a diario. Hasta compartimos piso, y nos íbamos de vacaciones juntos.

Fred – Parece que hablas de una pareja vieja.

Max – Un poco sí, ¿no? Pero sin sexo, tranquilo. El amor y la amistad se parecen: no saben igual cuando se recalientan.

Fred – Y luego te casaste. Yo también...

Max – Nuestras mujeres se convirtieron en nuestras mejores amigas. Con sexo incluido. Y, hasta cuando nos dejan, muchas veces siguen siendo las amigas más fieles que tenemos. Éramos amigos porque estábamos solteros, Fred. La amistad es cosa de solteros.

Fred – Entonces, ¿no nos volveremos a ver?

Max – No lo sé. A veces es aún más triste verse que no verse.

Fred – ¿Y no tienes amigos?

Max – Compartir una barbacoa una vez al mes, y unas vacaciones una vez al año, ¿es realmente ser amigos?

Fred – Entonces, ¿qué hacemos?

Max – No he dicho que sea tu culpa. Solo quiero hacer las paces conmigo mismo, ¿entiendes? Con el yo mismo que antes era tu amigo.

Fred – ¿Y si formamos otra vez un grupo de rock?

Max – Sería patético...

Pausa.

Fred – ¿Estás seguro de que todo esto realmente existió?

Max – ¿Qué?

Fred – Lo que describes, eso. Nuestra amistad, tal como la mencionabas antes.

Max – No lo sé. ¿No?

Fred – Estábamos constantemente celosos el uno del otro. Estábamos dispuestos a todas las traiciones solo para estar en el centro de atención, solo para tener una chica, incluso robándola a nuestro mejor amigo. En realidad, nos odiábamos.

Max – Sí... Pero nos reíamos mucho. Y por lo menos nos sentíamos vivos. ¿Cuánto hace que no te ríes de verdad?

Fred – Desde hace tiempo, creo. Tanto como tú, me imagino.

Max – Eso es. Ya no nos reímos juntos. Ni siquiera sé si nos reímos mucho, en general. Reírse de verdad, hasta que te duele la tripa. ¿Te acuerdas de aquellas carcajadas? A lo mejor eso era la amistad. Nuestro paraíso perdido: la risa...

Pausa.

Fred – Voy a volver a vivir a París.

Max – ¿No será por nuestra conversación, verdad?

Fred – Llevo tiempo pensándolo. Porque lo de Lyon, entre nosotros...

Max – Tú verás...

Fred – Siempre podemos ir a andar por el Bois de Vincennes, en París...

Max – Es tentador. Me lo pensaré.

Fred – Tengo que irme, mi tren sale en quince minutos.

Max – De acuerdo. Tienes mi número.

Se levantan, vacilan un instante y se dan un abrazo sincero. Fred se dispone a marcharse.

Fred – Por cierto, para mi mudanza... ¿podré contar contigo?

Max – Para eso están los amigos, ¿no?

9. El regreso

Fred entra por un lado y Cecilia por el otro.

Cecilia – ¿Fred? ¿Qué haces aquí?

Fred – Pues ya ves... He vuelto.

Cecilia – ¿Has vuelto?

Fred – Ahora vivo en París.

Cecilia – Qué bien... Me alegra verte.

Fred – Yo también... ¿Cómo estás?

Cecilia – Bien... Ahora estoy un poco mejor.

Fred – Lo siento mucho.

Cecilia – Es la vida. Pero es duro...

Fred – Lo entiendo.

Cecilia – Supongo que para vosotros también habrá sido duro. Era amigo vuestro.

Fred – Sí.

Cecilia – ¿Y tú, cómo estás?

Fred – Estoy bien.

Cecilia – ¿Vas a quedarte mucho tiempo en París?

Fred – He comprado una casa.

Cecilia – ¿Has conseguido encontrar una casa en París?

Fred – Trabajo en el sector inmobiliario, ya sabes.

Cecilia – Ah, sí, es verdad.

Fred – Cerca del parque Montsouris.

Cecilia – Parc Montsouris... Está al sur, ¿no?

Fred – En el sur de París. Es la primera casa que compro. Hasta ahora siempre he sido un poco nómada.

Cecilia – ¿Y a Max, lo has vuelto a ver?

Fred – Acabo de estar con él. Me ayudó con la mudanza.

Cecilia – Los amigos están para eso, ¿no?

Fred – Sí... ¿Y tú, aún los ves? Quiero decir... desde que se divorciaron.

Cecilia – Claro. Alicia sigue siendo amiga mía...

Fred – Ah, sí, es verdad... Creo que sin ti...

Cecilia – ¿Qué?

Fred – Nada, olvídalo... Y tú... ¿vas a quedarte por aquí?

Cecilia – De momento sí. Luego ya veremos. Todavía no sé muy bien qué hacer con mi vida.

Fred – Entiendo... Entonces, ¿nos volveremos a ver?

Cecilia – Tal vez. Pero ahora tengo que irme...

Fred – Claro. Yo también.

Cecilia – Hasta pronto... quizá.

Se preparan para irse cada uno por su lado. Él la llama.

Fred – ¿Cecilia?

Cecilia – ¿Sí?

Fred – Si aquella noche te hubiera pedido que te vinieras conmigo a Estados Unidos, ¿habrías venido?

Cecilia – No me lo pediste.

Ella sonríe y se va. Él se queda allí un momento y se marcha a su vez.

10. Epílogo — El laberinto

Dos personajes llevan máscaras o vendas en los ojos. Pueden interpretarlos dos actores del reparto. Entran por lados opuestos y parecen contrariados al encontrarse.

Él – ¿Entonces?

Ella – Nada...

Un momento.

Él – ¿Y si intentamos por allí?

Ella – Ya vengo de allí.

Él – ¿Y por allí ya lo hemos intentado?

Ella – Sí.

Él – ¿Estás segura?

Ella – Absolutamente. Incluso varias veces.

Él – Pues ya no se me ocurre nada...

Un momento.

Ella – ¿Cuánto tiempo llevamos perdidos en este laberinto?

Él – No sé. Mucho tiempo...

Ella – Todo este tiempo buscando la salida, y aún no la hemos encontrado.

Él – ¿Y si no la hubiera?

Ella – ¿Entonces por dónde habríamos entrado?

Él – No sé. ¿Recuerdas el momento en que entramos?

Ella – No... Pero en algún momento tuvimos que entrar. ¿Cómo íbamos a estar aquí, si no?

Él – Tienes razón. Debemos haber entrado por algún lado.

Ella – Sí. Por la salida.

Él – ¿Entramos por la salida?

Ella – No sé... ¿Crees que podría haber una entrada y una salida?

Él – Eso nos daría dos posibles salidas...

Ella – ¿Y aún no hemos encontrado ninguna?

Él – O quizá había una sola entrada y alguien la cerró después de que entráramos.

Ella – ¿Alguien? ¿Quién?

Él – No sé... Alguien tuvo que diseñar el laberinto. Y, si no fuimos nosotros...

Ella – ¿Estás seguro de que no somos nosotros?

Él – Si fuéramos nosotros, sabríamos dónde está la salida, ¿no?

Ella – Sí, imagino...

Él – O quizá lo hayamos olvidado.

Ella – ¿Olvidado qué?

Él – Dónde estaba la salida.

Un momento.

Ella – ¿Crees que somos los únicos en este laberinto?

Él – En todo caso, nunca hemos encontrado a nadie.

Ella – Tal vez nuestros caminos nunca se han cruzado.

Él – Eso me sorprendería...

Ella – ¿Por qué no?

Él – Cada vez que nos separamos para buscar la salida, siempre acabamos encontrándonos aquí.

Ella – Es verdad... Nunca encontramos la salida, pero tampoco nos perdemos del todo. Siempre volvemos a encontrarnos.

Él – Sí... Estamos condenados a permanecer juntos.

Ella – ¿Condenados?

Él – ¿Dije "condenados"?

Ella – Dijiste "condenados a estar juntos".

Él – No, quería decir... Parece que es nuestro destino. Que estamos hechos para vivir juntos.

Ella – Sí... pero entonces, ¿por qué pasar todo nuestro tiempo buscando la salida?

Él – No sé.

Ella – ¿Crees que si encontráramos la salida, no seguiríamos juntos?

Él – ¿Juntos? ¿Te refieres a fuera?

Ella – Eso mismo. ¿Crees que, al salir, lo primero que haríamos sería marcharnos cada uno por su lado?

Él – Eso... nunca lo sabremos.

Ella – A menos que encontremos la salida...

Él – Sí.

Ella – ¿Y si dejamos de buscar?

Él – ¿Dejar de buscar la salida?

Ella – ¿Por qué no?

Él – ¿Y qué haríamos en su lugar?

Ella – No sé. Podríamos... No sé...

Un momento.

Él – A lo mejor es preferible seguir buscando, ¿no?

Se ponen en movimiento de nuevo.

Ella – Voy a probar por allí.

Él – Y yo por aquí.

Ella – ¿Nos encontramos aquí?

Él – De acuerdo...

Salen cada uno por el lado contrario al que habían entrado.

Fin.

El autor

Nacido en 1955 en Auvers-sur-Oise, Jean-Pierre Martinez sube primero a las tablas como baterista en varias bandas de rock, antes de convertirse en semiólogo publicitario. Luego fue guionista de televisión y volvió al escenario como dramaturgo. Escribió un centenar de guiones para la pequeña pantalla y más de cien comedias para el teatro, algunas de las cuales ya son clásicas (*Viernes 13* o *Strip Poker*). Actualmente es uno de los autores contemporáneos más representados en Francia y en los países francófonos. Por otra parte, varias de sus piezas, traducidas al español y al inglés, están regularmente en cartelera en Estados Unidos y América Latina.

Para los aficionados o los profesionales que buscan un texto para montar, Jean-Pierre Martinez ha optado por ofrecer sus piezas como descarga gratuita desde sus sitios web :

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Sin embargo, los derechos de representación, que constituyen una remuneración justa por el trabajo del autor, son una obligación legal. Tanto si se trata de una compañía amateur como profesional, debe solicitar autorización para representar la obra y abonar los derechos correspondientes a la producción.

Jean-Pierre Martinez está representado por la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos (SACD).

Para ponerse en contacto con Jean-Pierre Martinez y solicitar autorización para representar una de sus obras, utilice el formulario de contacto disponible en sus sitios web.

Tras comenzar su trayectoria como baterista, Jean-Pierre Martinez ha regresado recientemente a la música, creando canciones originales inspiradas en sus poemas y sus obras de teatro.

Con Jean-Pierre Martinez Music, prolonga ese universo en forma de canciones originales: relatos breves, humorísticos o melancólicos, en los que la canción se convierte a veces en una pequeña escena teatral.

https://jeanpierremartinezmusic.com/

Comedias de Jean-Pierre Martinez traducidas en español

Monólogos
Como un pez en el aire
Happy Dogs
Relatos

Comedias para 2
Arrepentimiento
Cara o Cruz
Cuidado frágil
El Batín
El Joker
El Último Cartucho
Ella y Él, Monólogo Interactivo
Encuentro en el andén
EuroStar
La Cuerda
La ventana de enfrente
Los Náufragos del Costa Mucho
Ni siquiera muerto
Nochevieja en la morgue
Preliminares
Réquiem por un Stradivarius
Ruleta rusa en el Kremlin
Un sueño de casa
Una vocación frustrada
Zona de Turbulencias

Comedias para 3
13 y Martes
Cartas sobre la mesa
Cosas del Azar
Crash Zone
Cuidado frágil
El Contrato
Horizontes
Ménage à 3
Plagio
Por debajo de la mesa
Un breve instante de eternidad
Un pequeño asesinato sin consecuencias
Un pequeño paso para una mujer…

Comedias para 4
Amores a Ciegas
Apenas un instante antes del fin del mundo
Cama y Desayuno
Crisis y Castigo
Cuarentena
Cuatro Estrellas
Déjà vu
Denominación de Origen no Controlada
Despedida de casados
Después de nosotros el diluvio
El Contrato
El cuco
El olor del dinero
El yerno ideal
Foto de Familia
Gay friendly
Happy Hour
¿Hay algún autor en la sala?
¿Hay algún crítico en la sala?
La Pecera
Las Pirámides
Los Suegros Ideales
Los Turistas
Nuestros peores amigos
Regreso a la escena
Resaca
Strip Póker
Un Ataúd para Dos
Un esqueleto en el armario
Un Matrimonio de cada dos
Una Noche infernal

Comedias para 5 o 6
Atasco en el Camino del Cementerio
Bien está lo que mal empieza
Patis y Castigo
El Rey de los Idiotas
El Sorteo del Presidente
Érase una vez en la web
Flagrante delirio
Los Náufragos de Nochevieja
Los Rebeldes
Nochebuena en la comisaría
Pronóstico Reservado
Sin flores ni coronas
Un bulevar sin salida

Comedias para 7 o más
A corazón abierto
Bar Manolo
Batas blancas y humor negro
¡Bienvenidos a bordo!
Como una película de Navidad…
Crisis y Castigo
Dedicatoria especial
El pueblo más bonito de Francia
El infierno son los vecinos
El peor pueblo de España
El reverso del escenario
El Sorteo del Presidente
Error de la funeraria a tu favor
Frutas y verduras
Fuera de juego
Jaque Mate
La función no está cancelada
Los Flamencos
Había una vez un barco chiquitito
Milagro en el Convento de Santa María-Juana
Nicotina
Nochebuena en la comisaría
No siempre la música amansas a las fieras
Prehistorias grotescas
Reality Show
Un pueblo tan bonito

Comedias de sainetes (sketches)
A corazón abierto
A ratos
Albán y Eva
Apocalipsis
Asesinos de bromas
Aviso de paso
Breves de confinamiento
Breves de escena
Breves de parque
Breves del Tiempo Perdido
De Animales y Hombres
De verdad y de broma
¡Demasiado es demasiado!
Dramedias
Ella y Él, Monólogo Interactivo
En blanco
Entre Bastidores
Escenas callejeras
Historias insólitas
La Barra
Memorias de una maleta
Muertos de la Risa
Sin Sentido Prohibido
¡Tranquilo!

Todas las obras de Jean-Pierre Martinez pueden descargarse gratuitamente desde sus sitios web:

https://jeanpierremartinez.net/

https://comediatheque.net/

Este texto está protegido por las leyes relativas a los derechos de propiedad intelectual.
Toda falsificación es punible con condena de
hasta 300.000 euros y tres años de prisión.

Aviñón – Augusto de 2024

ISBN 978-2-38602-241-8

© La Comédiathèque

Obra descargable gratuitamente.